

Marga: Una mirada, una voz, una inspiración

La primera vez que entré en contacto con el espíritu de la tía Marga fue el día de mi Primera Comunión, cuando apenas tenía seis años. El destello triste y enigmático de la mirada de Marga afloró por un instante en el fondo de los ojos iracundos de mi padre al oír mi pregunta: "Papá, si me mato ahora mismo iré derecha al cielo?". Entonces no comprendí por qué la palma de su mano golpeó mi mejilla, pero sí intuí su miedo; un miedo oculto, atormentado.

Años más tarde, las esculturas dramáticas y desgarradoras de la tía Marga despertaron mi interés y curiosidad hacia ese mundo mágico y, a veces, pedregoso de la creación. En mi familia no se hablaba mucho sobre Marga; yo sólo sabía que era hermana de mi padre, que me llamaban como a ella, y que había muerto muy joven. Sus esculturas se erguían, poderosas y magníficas, arrinconadas en los cuartos de mi casa, como mudas huellas de su existencia. Desde el primer momento adiviné que el pasado de la tía Marga se hallaba herméticamente nublado por la densa bruma de un destino trágico. Lo intuía por los cruces misteriosos de miradas entre sus hermanos, o los cambios bruscos de conversación cada vez que se mencionaba su nombre. Pero también lo deduje por su extraordinario talento. Cuando vi por primera vez los dibujos de Marga en el libro: *El niño de oro*, que publicó con su hermana Consuelo a la temprana edad de doce años, sentí una extraña y conmovedora emoción. Los dibujos hablaban por sí solos, parecían tener vida propia, y más que interesarme, me llegaban casi a hipnotizar. Yo entonces no sabía si eran buenos o malos, pero me transmitían una sensación tan fuerte como inexplicable. Las figuras casi saltaban del papel, las expresiones de los rostros me enternecían y sobrecogían a la vez. Nunca había visto unos trazos que expresaran tanta pasión y sentimiento; eran un presagio de su triste final.

Inevitablemente, durante un tiempo, Marga se convirtió en una especie de voz interior con la que yo hablaba constantemente; ella acompañaba mi soledad, y yo la suya. Sí, yo también la mantuve escondida en mi mundo imaginario, pero siempre estuvo viva para mí, sólo para mí hasta que descubrí el enigma de su muerte. Pese a los esfuerzos de mi familia por mantener la memoria de Marga oculta, su misteriosa y breve existencia nutrió los cimientos de mi posterior ideario artístico, psíquico y espiritual. Su talento y romántica pasión fueron nutriendo mi incipiente espíritu creativo y, seguramente, fortalecieron mi carácter y personalidad.

Esta exposición sobre la obra y vida de Marga Gil Roësset no sólo es importante como documento de una artista, cuya corta vida nos privó de un genio y talento tan extraordinario, sino también porque simboliza la liberación de un espíritu romántico y sensible que agonizaba en la sombría tumba del olvido.

"Te oigo venir siempre en las pálidas horas del ocaso.

Te oigo venir blanca, brillante, apasionada, ofreciendo tu memoria demacrada a lo invisible del tiempo.

Te oigo venir descalza, transformando los espacios impenetrables, rasgando las claridades, diáfana,
tocando los adentros.

Te oigo venir traslúcida, perdida en la inmensa amargura
de las diosas abandonadas.

Te oigo venir, espíritu sutil consciente de su transparencia,

y te sonrío".¹

Marga Clark
(Marga Gil Navarro)
Madrid, otoño 1999

¹ Marga Clark, *Del sentir invisible*, Juan Pastor editor, Madrid, 1999 (Colección de poesía *Devenir*), pag. 32.